

A central illustration of a woman with short grey hair, wearing glasses, a red jacket, and a yellow polka-dot skirt. A black bird is perched on her head. She is surrounded by various other birds: a toucan, a chicken, a peacock, a falcon, a stork, a parrot, a hummingbird, and an owl. The background is cream-colored with scattered yellow confetti.

A las 8

HAYDEE RAMOS CADENA (TEXTOS)
SANTIAGO MOYAO (ILUSTRACIONES)

A los 8

HAYDEE RAMOS CADENA (TEXTOS)
SANTIAGO MOYAO (ILUSTRACIONES)

A los 8

Primera edición: 2020

Colección: Alas de Lagartija

Producción:

Secretaría de Cultura

Coordinación Nacional de Desarrollo

Cultural Infantil-Alas y Raíces

© Por los textos: Haydee Ramos Cadena

© Por las ilustraciones: Santiago Moyao

Diseño de la colección: Frida Solano Martínez

D.R. © 2020 de la presente edición:

Secretaría de Cultura / Coordinación Nacional de Desarrollo

Cultural Infantil-Alas y Raíces

Paseo de la Reforma 175, piso 5, Col. Cuauhtémoc, Alcaldía

Cuauhtémoc, C.P. 06500, Ciudad de México

www.cultura.gob.mx

www.alasyraices.gob.mx

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad de la Coordinación Nacional de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin la previa autorización por escrito de la Secretaría de Cultura / Coordinación Nacional de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces.

Santiago Moyao, beneficiario del Sistema Nacional de Creadores de Arte emisión 2019, realizó las ilustraciones de portada e interiores en cumplimiento a sus compromisos con el Programa de Interacción Cultural y Social (PICS) del Fonca (Sistema de apoyos a la creación y a proyectos culturales).

ISBN: 978-607-631-092-2

ISBN de la colección: 978-607-631-085-4

Impreso y hecho en México

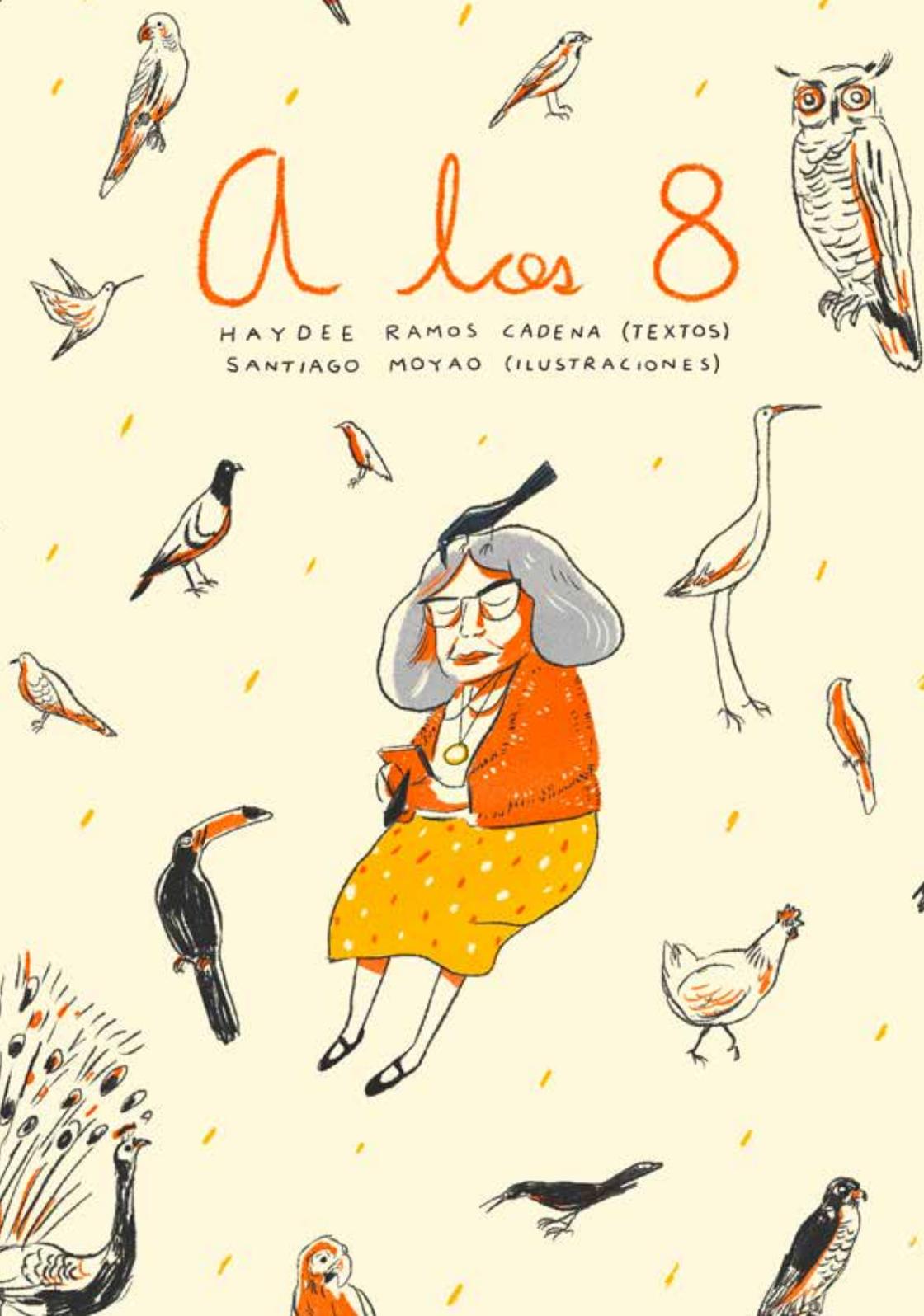


CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

DIRECCIÓN GENERAL
VINCULACIÓN CULTURAL

alas raíces

FONCA



A las 8

HAYDEE RAMOS CADENA (TEXTOS)
SANTIAGO MOYAO (ILUSTRACIONES)

En el jardín escucho canto de pájaros,
un sol de mañana resbala por mis rodillas,
el trajín de lavadora envuelve con su cadencia
un calor sobre las hojas.

El arroz se cocina:
su aroma inunda la sala, el comedor,
un radio viejo suena con boleros
y los silbidos de la abuela
acompañan el jabón;
talla, enjuaga y vuelve a tallar.

Interrumpo su canción.

—¿Abuelita, qué contarán los pájaros?

—Los pájaros cuentan cómo son los caminos.



La abuela dice que sus pasos
los jalan pájaros arcoíris,
que el día de su muerte
le cantarán una tonada del monte.

Cuando dejó su casa en el campo,
los únicos que le dijeron adiós
fueron los gorriones,
lo supo, por lo grave de sus cantos.
Al llegar a la ciudad
un viejo cotorro
cantó: “qué bonita niña”,
y se le marcaron dos chapas.

Su número favorito era el 8
porque tiene dos ceros pegados
y fue el día de su nacimiento,
en aquel poblado de cafeteros.
Olvidó el mes del año 1918.

Su voz emplumada llega hasta la recámara
—¡Ya está la cena!
seguro un poquito de arroz, café y leche;
los rayos de la tarde se escapan
entre los hoyos de las cortinas tejidas.

Me pongo los zapatos del número 18
y corro a la mesa,
elijo la cuchara más pequeña
mi abuela ya comió en la cocina,
dice que es una vieja costumbre
de sus días de trabajo en casas ajenas.

Sus manos son arbustos
que me sirven el café. El aroma...
viaja por los orificios de mis narices,
hace volteretas en la saliva.

Aunque mi abuela vive en la ciudad
su casa huele a campo.

Mi abuela dice que cuando
los pájaros la trajeron a la ciudad
le pusieron plumas en su espalda:
dos alas arcoíris que la sujetaron,
cuando caía.
Aleteaba más fuerte,
su corazón era como de águila
para encontrar su hogar.

Cuando lo encontré,
con trabajo supo la letra A
y trastabillando pudo leer “ca-sa”.
El tiempo apremiaba, trabajar,
llevar los niños a la escuela.

Ella no pudo sentarse en un pupitre
con una maestra,
porque lavó en casa ajena: la ro-pa.

Mis bisabuelos murieron en una guerra
Eso platica mi tío.
El abuelo cayó del cielo
porque sus alas no crecieron rápido.
Por eso a veces los cuervos
le pican la cabeza a mi abuela,
cuando recuerda empieza a recordar
aquellos tiempos.

Ella dice que es difícil caminar
con días de lluvia.
En aquella época anduvo descalza
entre las calles
hasta que compró zapatos
y nació mi padre.

Desde entonces, mi abuela tejió,
todos sus sueños en bufandas
para ahuyentar el agua
y salir a jugar al parque,
aunque hubiese frío.

Así es: mi abuela se dedicó
a reír con los charcos
y bañarse con la lluvia de la tarde.



En la casa de la abuela,
8 es la hora de dormir
de las niñas que son inteligentes,
porque dicen la tabla del 8
de un solo jalón y rápido.

Pero antes una pequeña oración
al ángel que duerme en mi cama:

“Perdona por llevarme
el reloj de mi tía a escondidas
y pintarme los labios con el bilé rojo,
no quise ofender a nadie:
me gustan los labios pintados.
Tú sí comprendes a las niñas.
Cuida a mi papá y mamá,
que ya no se peleen tanto.”

Ser niña en casa de la abuela
es tener alas de canario
y cantar por las mañanas
en su jardín de rosas y tomates.

Darle de comer a los pájaros,
esperar la sopa caliente de la tarde
y el chocolate con pan dulce en la noche.

De vez en cuando ver los Pitufos,
y la historia de amor de Anthony y Candy,
“¿Por qué existe gente mala?”

Jugar con los amigos
que se esconden en los huecos,
y hablar hasta el cansancio.



Ser niña en casa de la abuela
es un jolgorio de pájaros
dentro del pecho
y agarrarle el delantal
con los cinco dedos,
cuando vamos al mercado.

Pero un día mamá me llevó lejos,
la casa de la abuela se quedó
entre los árboles de su jardín.
Ella me dijo adiós con un pañuelo blanco,
haciendo un 8 en el aire desde su puerta roja.

Desde el auto agarré fuerte la muñeca
para espantar a los pájaros negros
y le dije adiós con la otra mano.

Dijo mi madre que iría a visitarla,
yo quería su jardín
porque tenía muchas rosas.

—¿A dónde me llevas mamá?

No hay mejor número: 78,
la casa de la abuela.

Es domingo
asomo la cara por la ventana
y dibujo un 8 con el dedo en el vidrio,
me ajusto los lentes,
navego con la vista entre las ventanas
y los edificios de la calle.

La abuela seguro prepara el café en casa.
Un ladrido se escucha a lo lejos:
¡pata de perro!, que se vaya la tristeza.

Ser niña no es fácil.

Mamá sólo grita.

Corro con la boca abierta,
los zapatos sucios y llena de lagañas;
el despertador se durmió.

Me trago el ruido de la calle
con el esmog entre los labios,
un claxon me asusta
mientras sujeto fuerte la mochila.

Es el primer día para ir a clases.
—Mamá, ¿por qué tengo que correr?,
siento la boca seca.

—A las 8 entras a la escuela.

La escuela es una casa
llena de mamás gritonas
¡que te calles!
¡que te abroches el zapato!
¡que no comas!

La escuela son mis amigas
con las que canto en el recreo,
te conocí en un bazar
un sábado a mediodía
bailo...
La escuela son las vueltas de carro
con las piernas extendidas.

La escuela es ese otro lugar
donde puedo acostarme en el pasto
y leer el cuento del marciano
con sus amigos.

La escuela es el maestro de música.
Mi guitarra canta grave
como los pájaros de la abuela.

Suena la campana
corro hasta mi pared preferida.

Meto el dedo en el hoyo hasta qué...

¡zas!

pica el anzuelo.

Entonces me apresuro con las uñas
a sacarla de la grieta.

Cuando mis papás me llevaron de viaje
aprendí cómo se comen los insectos,
una por una desprendo cada una de sus 8 patas
una rica araña roja me como
en la hora del recreo.



El niño más guapo de la clase
también me quería en secreto.

Recorría el camino soleado
para ir a ese curso de la escuela,
las mariposas monarca de la panza
comían velozmente y volaban:
¿y si nos casamos?
¿y si nos damos un beso?
¿si nos escondemos?...

Arturo levantaba sus ojos,
yo sentía un revoloteo
hasta ver todo morado.

—Mamá, ¿las mariposas silban?

—No, hija, sólo vuelan.

Sentí tristeza por ellas.

El vestido verde y faralá rosa,
es un trompo dando vueltas
en medio del patio del colegio.

Grito, al caer,
luego faralá faralá
toda mareada
me echo saliva en la rodilla.

Las niñas me dicen “florecito”
porque me comporto como niño.

Entonces, ¿qué hacen las niñas?

Arturo me mira
desde la ventana del salón.

Cuando llego a casa
la mochila se derrumba en la esquina.
Toda la tarde en la calle
los pies revolotean con los gritos:
“Ma-ri-po-sa”
“Pa-pa-lo-te”.

Cada pisada resuena con el resorte
mientras mis zapatos
levantan el polvo del atardecer.

—¡Niña!

La cena está en la mesa,
grita mamá desde el ventanal,
pero yo quiero brincar sin perder
el resorte entre las suelas.

No me gusta,
No me gusta,
No me gusta,
No me gusta,

que me diga “¡niña!”

En el baño reinvento
un desamor entre la champú
y el acondicionador,
la rubia querida y
el negro que pierde.
El más guapo del salón es la botella grande.

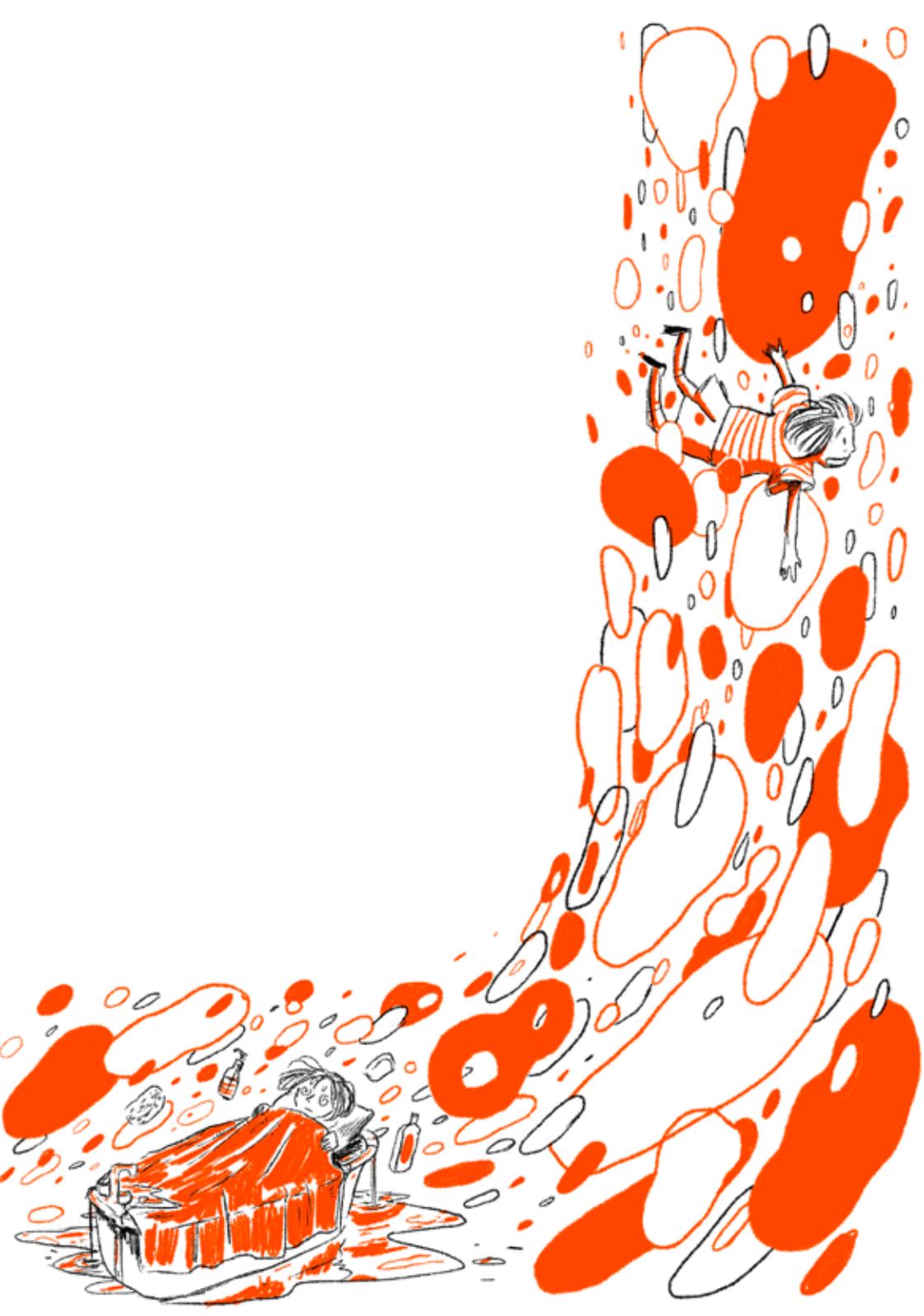
El sol cae y consume la historia,
—¡María, sal del baño!

Debo ir a la cama,
lo bueno es que para la noche
todos somos iguales.

Son las 8:08
un polvo pesado
se recuesta en mi rostro.

Miro adentro de mis ojos otro paisaje:
algodones de dulce,
suaves como pelotas de colores
que vuelan sobre la tierra,
caleidoscopios que afloran luz.

¿Qué música tendrán
esos colores en el aire?



Después de ese sueño enfermé
8 noches seguidas
y mi mamá compró litros de nieve
como para una fiesta privada.

Tenía la Barbie malibú
con un traje de baño amarillo
bronceada, ojos azules,
cabello y piernas duras.
Jugaba en la cama
—¡Hola Ken, te vi en el bazar!

En ese momento,
papá llegó a casa
con una muñeca de papel,
arrojé la Barbie
hasta la esquina del cuarto.

Una monita simpática
con la cara negrita y cachetona,
que podía vestir con papel.

—¡Está rebonita, papito!

Y le recortó su cara.

Mi papá desapareció una noche,
a mi mamá le crecieron albercas
en sus ojos verdes
por el negro que no vuelve.

¡Ay mi negrito!
Te volviste una cabra loca
entre el tráfico de las calles.

Coloreo mis cuentos:
¡para qué llorar por el negro
si tenemos tantos colores!

Cuando el negro volvió
mi muñeca gritó:

—¡Escóndeme, María!
el papel se quema.

Mamá y papá provocan un incendio.
Las llamas en casa se tragan el oxígeno,
corro a la guarida secreta
con los pantalones y el casco.



Escales cada peldaño del clóset
y entre sábanas me camuflajeo,
cuando asomo la cabeza
las cenizas aún vuelan por el techo,
pero nosotras estamos intactas.

Así, el estado de emergencia,
termina.

Las vacaciones en las pirámides
después del temporal en casa
es lo mejor para ver otros colores.

Subí a pie con mi zapato Frankenstein
hasta la cima de esa pirámide.
Toqué con la palma
el viento donde surca el horizonte
con las casas de colores y árboles.

No importa que se me vean
los calzones en las escaleras.

Mamá, sólo mira el paisaje
parece que le comieron la lengua
los ratones.

Esos días,
cuando veo otros colores,
soy un grillo,
que brinca de piedra en piedra
cerca del sol lejos de la tierra.

—Mira, mamá —te digo—:
¡Explorar no es sólo para niños!

Después de las vacaciones
cuando regresamos a casa,
mi hermana lloró varios días.
De su cuna salieron pescados
y estrellas de mar
que inundaron el cuarto
sus lágrimas sabían a sal,
pero ella no se convirtió en pez.

Yo preguntaba a las estrellas,
como me dijo mi abuela:

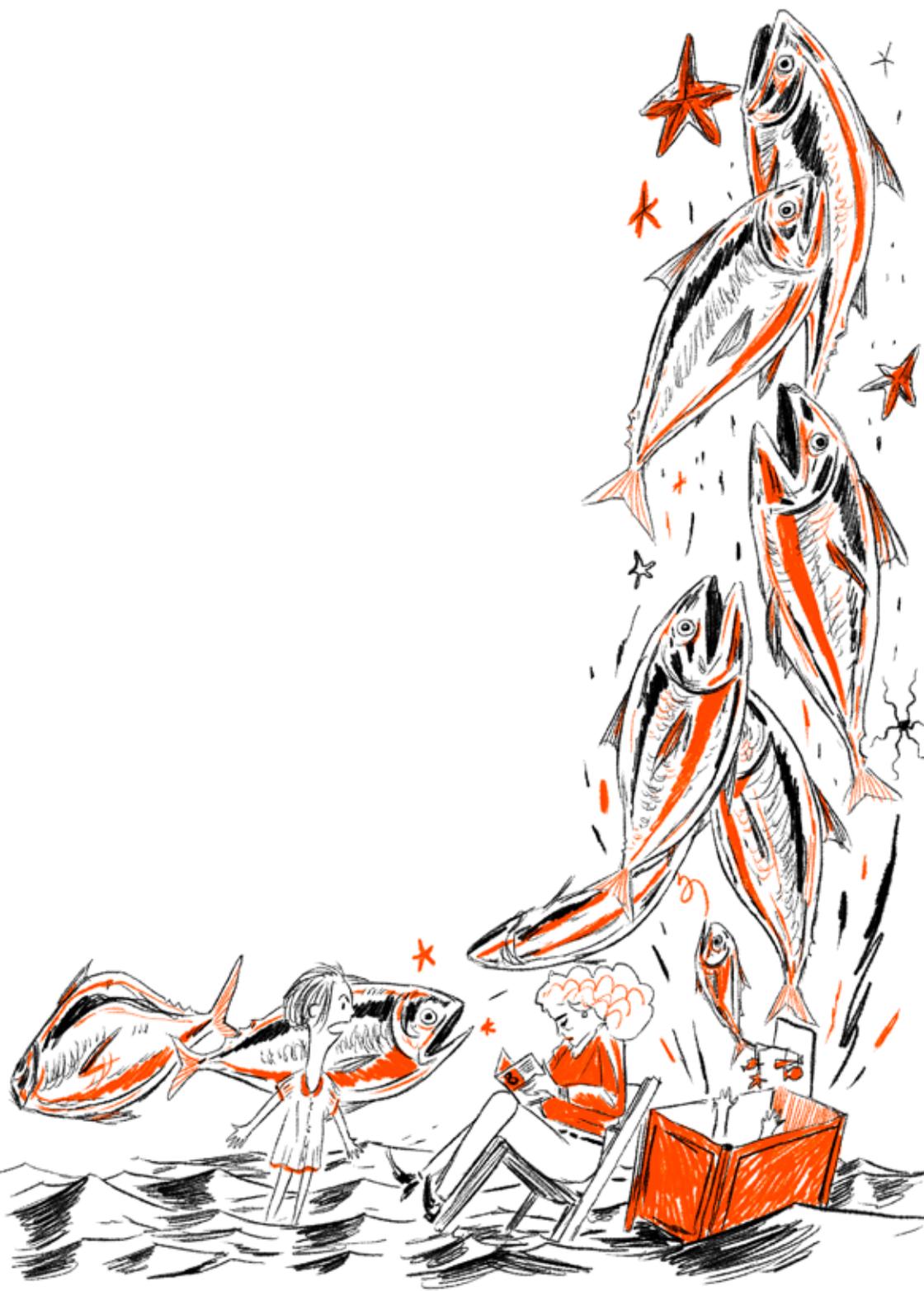
—¿Por qué las bebés lloran tanto?

—¡Mamá!
que me escuches,
que lloro,
que no entiendo.

—Má, el vestido ya me queda chico.
Soy una jirafa.

—Es sábado, hoy no trabajas.

—¿Por qué no me miras?



Todos los días extraño a la abuela.

Ella tiene la certeza de saber
las huellas de los ojos,
en la noche es un tecolote
que mira a través de mi párpado,
mientras sus alas espantan las sombras.

En el día es una canaria
parada en su palito
picando el alpiste:
canta y no grita.

Le gustan mis canciones.

Recuerdo los cantos de codorniz y paloma
a las seis de la mañana
con la misma rutina,
cantaba como si viviera allá
en un monte
y nadie le escuchara qué dice,
extraño a la abuela.

Eso de la vejez, dice mi papá,
que no es para todos.
Hay que ser mitad dinosaurio y pájara
que come arroz con plátano.

En su casa aprendí que hay grandes
más atentos que otros.

La vida es un capullo cálido:
si no se alimenta, se muere.

Eso me decía la abuela
con su café con leche caliente
todas las mañanas.



Después de muchos días,
los dejé de contar.
Nos sentamos juntas en el sofá
y la abuela contó su vida.

Abrí los ojos:
palabras murciélago,
catarinas redondas
comenzaron a rebotar por la casa.

Los ojos de la abuela hablaban
de dejar su tierra,
de sus padres perdidos en la guerra
de mi abuelo caído sin sus alas.

El cuerpo de la abuela,
se desvanecía en la sala.
Su vestido blanco le cubría las cicatrices.
Alas salieron de la espalda:
brillaban con los colores del arcoíris.
Lágrimas iluminaron su rostro.

—La vida es todo esto, María,
dijo con un suspiro,
que llenó de rosas el cuarto.

—Cuando caigas por error,
recuerda, tus alas te levantan.
Así aprenderás a sobarte las rodillas.

Dijo justo lo que quería:
nieta se convirtió en hija.

Mis dedos sobre la piel arrugada.

Ésa era la despedida
porque hasta la muerte tiene cortesía
y como la abuela era amable
la dejó que esperara en la sala,
mientras todos cenaban.

Ella sabía que la historia
llegó a su final a sus 80,
la abuela era una tecolota
que emigraba a otro lugar.



Después de su silencio,
me habitaron lagañas
en las esquinas de los párpados
durante 8 días
que parecieron 80 años
largos y relampagueantes.

Hasta que un día desperté
de la larga pesadilla
que se había apoderado de mi cama.
Pude levantarme
y comer el desayuno de mi mamá.
Mirarme otra vez
en el espejo del baño.
La abuela, ya no cantaría.

Esa tarde me senté a llenar cantimploras
con el agua de mis ojos
y cumplí un año más.

Mamá cantó “Las mañanitas”
y mi papá me abrazó tan fuerte,
parecía que sus ojos también habían regado
las flores de la abuela.

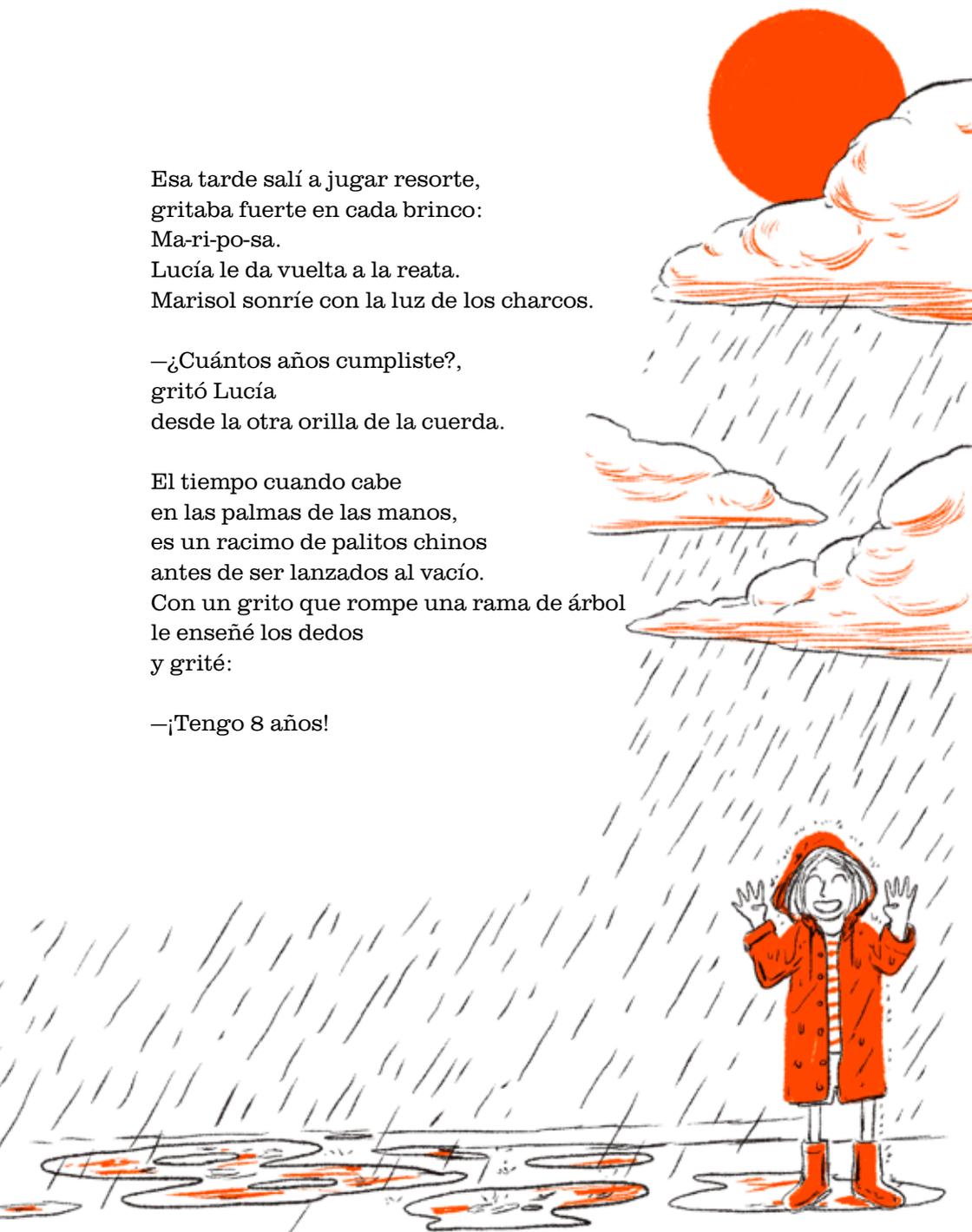
Los ojos de mi padre se siguieron
llenando de agua durante varios días,
él no tenía cantimploras
sino los pañuelos blancos
que mi abuela le había bordado
con su nombre.

Esa tarde salí a jugar resorte,
gritaba fuerte en cada brinco:
Ma-ri-po-sa.
Lucía le da vuelta a la reata.
Marisol sonrío con la luz de los charcos.

—¿Cuántos años cumpliste?,
gritó Lucía
desde la otra orilla de la cuerda.

El tiempo cuando cabe
en las palmas de las manos,
es un racimo de palitos chinos
antes de ser lanzados al vacío.
Con un grito que rompe una rama de árbol
le enseñé los dedos
y grité:

—¡Tengo 8 años!



SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero

SECRETARIA DE CULTURA

Natalia Toledo Paz

SUBSECRETARIA DE DIVERSIDAD CULTURAL Y
FOMENTO A LA LECTURA

Marina Núñez Bernalova

SUBSECRETARIA DE DESARROLLO CULTURAL

Omar Monroy Rodríguez

TITULAR DE LA UNIDAD DE ADMINISTRACIÓN Y FINANZAS

Esther Hernández Torres

DIRECTORA GENERAL DE VINCULACIÓN CULTURAL

Jesús Antonio Rodríguez Aguirre

COORDINADOR NACIONAL DE DESARROLLO CULTURAL INFANTIL

Esta primera edición de *A los 8*, escrito por
Haydee Ramos Cadena e ilustrado por Santiago Moyao,
se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2020
en los talleres de Ediciones Corunda, S.A. de C.V.
El tiraje fue de mil ejemplares.



poesía

En el jardín escucho canto de pájaros,
un sol de mañana resbala por mis rodillas,
el trajín de lavadora envuelve con su cadencia
un calor sobre las hojas.

El arroz se cocina:
su aroma inunda la sala, el comedor,
un radio viejo suena con boleros
y los silbidos de la abuela
acompañan el jabón;
talla, enjuaga y vuelve a tallar.

Interrumpo su canción.

—¿Abuelita, qué contarán los pájaros?...

Colección Alas de Lagartija

Ilustraciones realizadas con el apoyo del Programa de Interacción Cultural y Social (PICS) del Fonca (Sistema de apoyos a la creación y a proyectos culturales).

Esta publicación es de distribución gratuita, ajena a cualquier partido político, queda prohibida su venta.



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

DIRECCIÓN GENERAL
VINCULACIÓN CULTURAL

alas raíces

 **FONCA**